

# Atardecer



ANTONIO DELTORO

Entro al mar por el suave declive,  
es mi última tarde y quisiera llevarme a los pelícanos que  
clavan su pico  
haciendo de esta luz su máximo banquete,  
a los que, en su vuelo horizontal y en su vertiginoso  
descenso,  
unen el crepúsculo pacífico del cielo con el violento de las  
aguas.  
Es enero y el atardecer pone en el mar primaveras violentas:  
bugambilias, jacarandas y lilas  
se suceden y mezclan con anaranjados y verdes:  
estos pacíficos colores de jardín  
se encrespan en la exaltación de la espuma  
o se detienen, más acordes con su ser, en el poniente.  
Cuando se va el sol la luz se queda yéndose,  
danza con pasos diferentes en las olas que rompen  
y en las que lamen la playa,  
viene de otra realidad muy cercana a la música;  
pasa como una melodía cuyo tiempo no tiene la medida del  
nuestro;  
el ojo al verla desea la memoria del oído  
para seguir la sucesión pero no puede.  
El crepúsculo, pescador de colores, atrapa entre sus redes a  
los más fronterizos.